



RESEÑA



LA EDUCACION DURANTE EL FEDERALISMO.

RAUSCH, Jane M. *La Reforma Escolar de 1.870.* (Traducción de María Restrepo Castro). Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo - Universidad Pedagógica Nacional, 1993, 228 págs.

Estudiar una reforma escolar, cualquiera que ella sea, con la pretensión de ir más allá de lo meramente legal y normativo, implica un conocimiento y un reconocimiento de los contextos políticos, económicos y sociales de los que parte y a los que tiende a modificar, lo mismo que de los diferentes sujetos implicados en ello. Esto se hace necesario pues lo que se entreteje allí son las complejas relaciones entre un sistema social y un sistema educativo. Se busca desde el sistema educativo afectar el sistema social. Tal

vez por esto la profesora Rausch empieza su trabajo haciendo una descripción de las características de esos contextos en los momentos históricos que antecedieron a la Reforma Escolar de 1870.

Gracias a los historiadores sabemos hoy que la segunda mitad de nuestro siglo XIX fue un siglo cargado de intensas luchas partidistas entre liberales y conservadores por el control y ejercicio del poder político y en estas luchas tanto la educación como la Iglesia estuvieron

fuertemente implicadas. La primera como motivo y objeto de disputa política y la segunda como una institución, aunque no monolítica, sí con un gran arraigo popular y poder de incidencia en la vida nacional. Cualquier reforma educativa del siglo XIX que afectara los intereses del clero, hacía estallar el latente conflicto Iglesia-Estado.

Inspirada en la idea de que la política colombiana ha sido históricamente un fenómeno de caudillos, la autora nos brinda



un retrato de los más sobresalientes líderes políticos de la época federalista. Contrariando las tradicionales interpretaciones que destacan la firmeza de posiciones y afiliaciones políticas, nos muestra las fluctuaciones y las estratégicas alianzas de los caudillos, dejando ver esta época con todos sus matices y opacidades. Figuras presidenciales como las de Tomás C. de Mosquera, Manuel Murillo Toro, Eustorgio Salgar y Rafael Nuñez, entre otros, son examinados en relación con sus políticas educativas. Al respecto el documento es abundante en información.

En el campo social el cuadro que se describe es bastante crítico.

La sociedad colombiana de mediados del siglo pasado se caracteriza por una marcada discriminación racial, grandes diferencias sociales en los que una pequeña élite inspirada en los modos de vida europeos

dominaba a la sociedad en su conjunto, sentada en una gran masa heterogénea compuesta por campesinos, indígenas, artesanos; todos ellos viviendo en condiciones bastante precarias, donde la movilidad social era casi imposible aunque la libertad, de palabra, de prensa y de educación, se contemplara normativamente. Se ha dicho, y con razón, que todas las reformas políticas, económicas y sociales que experimentaron los liberales del siglo XIX fueron una especie de transición entre la Colombia colonial y la republicana XX, aunque muchas de ellas apenas si alcanzaron a ensayarse.

Después de esta panorámica de entrada que ocupa el primer capítulo del libro, la autora se dedica en un segundo momento a examinar las tradiciones históricas de la educación colombiana y su relación con las prácticas escolares y con el desarrollo del pensamiento europeo del siglo XIX, retomando para ello algunas ideas de la sociología de la educación de claro fondo durkheimiano. De allí extrae la idea de que si las características sociales, políticas y económicas de un país influyen sobre el tipo de educación que se desarrolla, es de esperarse que el examen de éstos aspectos ayuden a comprender, en el caso colombiano, los escollos que pudo encontrar la reforma escolar de 1870.

Una de las más largas y básicas tradiciones de la educación colombiana ha sido y es aún, su marcado acento religioso que la impregna ya desde la colonia, pues la iglesia también lle-

gó con fuero educativo otorgado por la corona para fundar centros educativos e impartir enseñanza. "Cada domingo los indios se reunían en la plaza principal mientras los sacerdotes los dirigían en la recitación de los dogmas religiosos. Los jesuitas fueron especialmente activos en esta clase de enseñanza y compilaron gramáticas de las lenguas indígenas de modo que las lecciones pudieran dictarse en la lengua nativa". (Pág. 53).

Así con un trabajo por las bases fue penetrando el sentimiento religioso que invadió posteriormente todo el ámbito educativo hasta el punto que en los albores del federalismo, la instrucción primaria llegó a consistir en "poco menos que en memorizar el catecismo y aprender a leer y a escribir". Las ciencias naturales, en este momento, eran relegadas a la condición de "artes diabólicas", pero ocurre que con la expulsión de los jesuitas con la llegada del sabio Mutis y con la reforma de Moreno y Escandón ya había empezado a tomar importancia el estudio de las Ciencias Naturales queriéndose dejar atrás "aquellas que son meramente especulativas". Eloy Valenzuela, Jorge Tadeo Lozano, Pedro Fermín de Vargas y Benedicto Domínguez fomentaron, cada uno en su momento, las actividades del conocimiento científico y técnico. Se veía en la ciencia la actividad que sacaría a la sociedad del atraso.

Inspirado en la revolución francesa y en el pensamiento de Rousseau el sentido democrático de la educación fue plan-



teado inicialmente por la élite intelectual y política: Caldas, Nariño, Bolívar y Santander; sobre todo este último, quien en 1826, elaboró uno de los planes de instrucción pública más trascendentales en la historia educativa del país, que si bien nunca se puso en marcha generó una gran polémica en su momento y encarnó la expresión que debía ser la educación en la era republicana.

Revisando medidas educativas tomadas por los gobiernos que antecedieron al federalismo, la autora encuentra ciertas claves que ayudan a comprender el fracaso de la reforma educativa de 1870. Por ejemplo, apoyada en autores colombianos, como J. Hoenigsber y Fals Borda, muestra cómo los partidos políticos colombianos veían en la escuela un aparato de adoc-trinamiento político, fenómeno que en la educación primaria se expresaba en el respaldo al dominio religioso por parte de los conservadores y en la defensa de la escuela laica por los liberales. Así "al obtener el poder cada grupo trataba de establecer la educación que prefería para definir sus ideas. No había hipocresía en estas acciones, pues cada partido pensaba que solo sus principios podían beneficiar a Colombia". (Pág. 67). Para los partidos políticos los objetivos de la educación eran claros: mientras unos mantenían la esperanza de formar más jóvenes "conservadores", los otros garantizaban la "Libertad de ser liberales".

No obstante lo anterior el pensamiento de los pedagogos europeos empezó a ser recibido

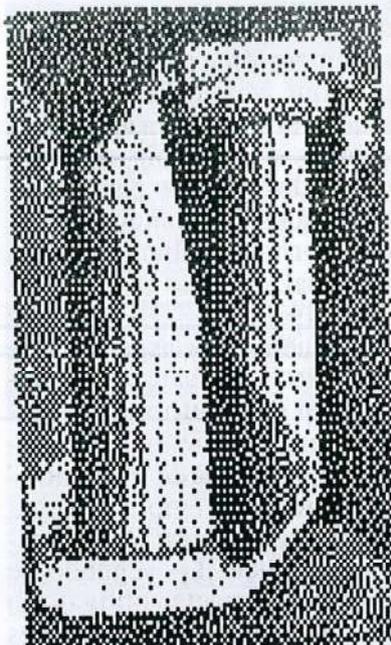
con entusiasmo. Pestalozzi, Froebel y Herbart, comenzaron a ser estudiados y su importancia fue motivo para que el gobierno nacional contratara la primera Misión Alemana de profesores para fundar las escuelas normales y enseñar las nuevas teorías pedagógicas. Se esperaba, a criterio de la élite intelectual, que de este modo el país se pondría a tono con el desarrollo europeo. Pero la situación real de las condiciones sociales, de la infraestructura escolar sumada a la apatía de la población escolar y la pésima preparación de los maestros, se convirtieron en el gran obstáculo para el trabajo de los profesores alemanes.

El gobierno federal, presidido por Eustorgio Salgar, vió en el aparato escolar una estrategia, no solo para la unificación nacional, sino también para elevar el nivel de vida material del pueblo colombiano y procedió a expedir en noviembre de 1870 el famoso Decreto Orgánico. Tal decreto divide de inmediato la opinión conformándose los grupos *instruccionistas* o defensores e *ignorantistas* u opositores. Las medidas contempladas no eran del todo originales. La autora nos recuerda que muchas de ellas ya habían sido propuestas por Santander en 1826 y por Ospina Rodríguez en 1841. En síntesis el decreto establecía "la instrucción pública y gratuita dentro de un sistema uniforme dirigido y supervisado por el gobierno federal. En él se describía la naturaleza de la enseñanza, la inspección y administración y se esquematizaban los planes de estudio, los métodos de enseñanza y la preparación de

maestros". (Pág. 84). Era tal la organización y proyección del plan que, para el criterio de la autora, si se hubiera aplicado a cabalidad Colombia se habría colocado entre los países más avanzados del mundo en relación con una política educativa nacional.

Tres fueron los aspectos que suscitaron el debate público alrededor de la reforma. Lo primero era que mientras la Constitución hablaba de "fomentar" el Decreto contemplaba "organizar y administrar" la instrucción pública. Lo segundo se refería al carácter obligatorio de la educación primaria, pues la Constitución establecía la libertad de recibir y dar instrucción en cualquier centro educativo aunque no fuera de carácter público. Pero, finalmente, fue el carácter laico de la educación lo que provocó las





más apasionadas críticas al Decreto.

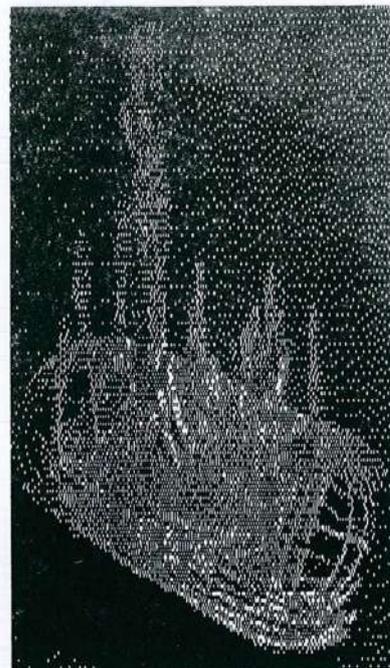
Para los críticos no se podía forzar a un pueblo a recibir una educación contraria a su fé. Muy a pesar de ello los reformadores, inquebrantables a su posición, seguían viendo en la educación el único camino hacia el progreso material y el desarrollo de los ciudadanos. Pero la oposición no solo era de la élite política y el clero. También lo era de los sectores del pueblo que se negaban a enviar a sus hijos a las escuelas. Por ello, y adelantándose, el decreto "debía proteger a los niños contra los padres egoístas que prefieren mantenerlos en la ignorancia con el fin de aprovecharse de su trabajo". (Pág. 92).

Concebida como una ilustración masiva la reforma de 1870, se proponía acabar con las tradiciones culturales, económicas y sociales que obstaculizaban el progreso del país. Varias

fueron las estrategias ensayadas para tal fin. La autora destaca por ejemplo, la publicación "Escuela Normal", de circulación masiva que se distribuía gratuitamente en todas las escuelas colombianas y en la que se informaba sobre la reforma y se difundían nuevas ideas pedagógicas. Otra de las estrategias es el uso político que se hace de los periódicos. En este punto el trabajo de la profesora Rausch es un buen ejemplo del recurso a la información primaria, posibilitando una aproximación más objetiva al tema investigado.

Sin duda los periódicos jugaron papel importante en las luchas partidistas. Ellos eran el escenario preferido para el debate público. Defensores y opositores tenían sus propios periódicos. Pero si se tiene en cuenta el alto grado de analfabetismo de la época, puede pensarse que dichos debates se quedaban solo en las élites. En este sentido las capas del pueblo que participaban como oposición lo hacían más con pasión ideológica que por actitud política, más por manipulación religiosa que por actitud ciudadana.

En fin, con sus estrategias los *instruccionistas* conformaron una especie de coalición encontrando el apoyo de varios grupos de colombianos: los radicales, un sector de los militares, y un amplio grupo del clero. Todos ellos consideraban aspectos a su favor que los motivaba a defender la reforma. Ver coalición en estos conflictos en los que la tendencia siempre ha sido reconocer solo defensas y oposiciones, es tam-



bién otro de los aportes de este trabajo.

Para hacerle frente a la reforma los conservadores se unieron y buscaron el apoyo de los gamonales locales y de ciertos sectores del pueblo que se mostraban reacios hacia unas escuelas públicas desvinculadas de la vida real, y porque desconocían los beneficios potenciales de la educación.

Por su parte el sector del clero opositor aducía que la Iglesia, tradicionalmente, era el agente principal de civilización en Colombia. A tal extremo llegaban las posturas del clero que un destacado Obispo expresaba públicamente en 1875: "no importa que el país se convierta en ruinas y escombros, con tal que se levante sobre ellos la triunfante bandera de la religión" (Pág. 117). Un director de instrucción pública describe en un documento de la época el incidente en el que un cura



predicaba que "la viruela atacaría a los estudiantes de la escuela normal en castigo por su asistencia a esa institución. Al día siguiente la gente visitó las escuelas para ver si en realidad los estudiantes habían contraído la enfermedad" (Pág. 119). Estrategias como éstas dieron buenos resultados y no pocas escuelas se paralizaron.

De otra parte el movimiento ignorantistas atrajo a las sociedades católicas que se convirtieron en un instrumento de movilización popular contra las escuelas. Revisando estudios sobre nuestra historia política, la profesora Rausch encuentra que algunos autores están de acuerdo en que "los conservadores iniciaron la guerra de 1876 para provecho político y le dieron una fachada religiosa" (Pág. 131). Aquí hay que advertir, y la autora así lo hace, que entre la gente del pueblo también había padres que querían que sus hijos fueran a las escuelas aunque este deseo estuviese limitado por ataques religiosos o por asuntos económicos.

Con el objeto de hacer un balance de lo ocurrido con la reforma escolar, la autora toma algunas de las actividades más significativas que se desarrollaron alrededor del proyecto: la llegada de la Misión Pedagógica Alemana, la construcción de escuelas, la publicación de materiales de enseñanza y la organización de la dirección general y de los directores estatales de instrucción pública.

Analizadas tales actividades, concluye que, si bien no se materializó un sistema escolar



uniforme a nivel nacional, que era uno de los grandes objetivos, la reforma dejó resultados positivos. Por ejemplo, ubicó a la pedagogía en un plano profesionalmente aceptable, se renovaron tradicionales prácticas pedagógicas, se fomentaron las escuelas normales y la profesión docente tomó rango social. Se publicaron numerosos textos escolares y se divulgaron nuevas teorías pedagógicas lo que contribuyó a popularizar el saber educativo. Todo ello, de manera indirecta y en diversos grados, contribuyó al progreso de la sociedad colombiana de la segunda mitad del siglo pasado.

Gracias a la desigual apropiación que de la reforma hicieron algunos sectores de la sociedad, ella y todos sus esfuerzos no quedaron en simple y hueca retórica. Esta experiencia histórica nos enseña una vez más que la educación, por sí sola, no puede transformar una sociedad. Que se requiere el con-

curso de otras instituciones. Que las tradiciones cuando operan todas ellas como meros obstáculos, se convierten en las más fuertes resistencias. Y esto es importante para América Latina y concretamente para Colombia, en donde, como nos lo recuerda la autora, y como lo podemos apreciar hoy, las transformaciones educativas han estado y están estrechamente vinculados a los procesos de modernización.

Con términos diferentes el profesor Gonzalo Cataño también nos lo pone de presente, al decir en el prólogo de este libro que las reformas educativas "unas veces surgen como la fuerza capaz de superar el atraso, la pobreza y la desigualdad social y otras como la condición necesaria de la democracia, la 'civilización' y el desarrollo económico". (Pág. 12).

Terminaremos diciendo que esta obra de oportuna publicación y su excelente traducción, es un buen aporte a la, aunque todavía incipiente, sí interesante e indispensable historia de la educación colombiana. Con una abundante información, una prosa precisa y clara, aunque a veces reiterativa y por momentos con alguna dispersión de ideas, la profesora Jane Rausch, nos lleva de la mano a un paseo por la que se ha denominado "la época de oro de la educación colombiana".

TOMAS ANTONIO VASQUEZ
UNIVERSIDAD PEDAGOGICA NACIONAL

